

DIABLO

IMMORTAL™

Todos
somos
culpables

UNA HISTORIA CORTA DE RYAN QUINN

Historia

RYAN QUINN

Ilustración

CYNTHIA SHEPPARD

Editora

CHLØE FRABØNI

Dirección de arte y diseño

CØREY PETERSCHMIDT

Consulta histórica

IAN LANDA-BEAVERS

Consulta creativa

DAVID LØMELI, JOHN MUELLER,
RAFAL PRASZCZALEK, DAVID RØDRIGUEZ,
MAC SMITH

Producción

BRIANNE MESSINA,
AMBER PRØUE-THIBØDEAU,
CARLØS RENTA

Agradecimientos

SCØTT BURGESS, TØDD CASTILLØ, QIAN LIN LIU,
JESS LYTTØN, JUSTIN MURRAY, EMIL SALIM,
HUNTER SCHULZ, BEN WAGNER, MIKE YAKLIN
Y A TØDØ EL EQUIPØ DE DIABLØ IMMØRTAL,
PASADØ Y PRESENTE, PØR VUESTRO EMPUJE
PARA HACER DE LA IDENTIDAD DE ESTA CLASE
ALGØ REALMENTE ESPECIAL.



Todos somos culpables

Cuando sacaron a Kez de su celda y la subieron a la barcaza, el silencio la atormentó más que los dos años que se pasó encerrada en la jaula. Nadie le empujaba, ni le escupían, ni le arrojaban pescado podrido o le decían todo tipo de barbaridades. Los guardias con anchos cascos de sierra la subieron lentamente por la tabla resbaladiza, con una mano de cada uno en sus hombros, firmes pero suaves como una buena lluvia.

La última vez fue diferente, la última vez se lo merecía.

Pero hoy, o eso quería creer, la necesitaban. Así que había respeto, o al menos el que esas lombrices podían fingir. Si tenía suerte, la dejarían comer con las manos en vez de tener que clavar su barbilla en un cuenco.

Hacía tanto que había pasado el final de su expiación que Kez estaba sorprendida de que alguien se hubiera dado cuenta. Quizá quien la denunció había muerto, quizá solo la llevaban a dar un baño. No se permitió el lujo de pensar que fuera algo más que una simple calma entre tormentas.

Kez rodeó la vela cuadrada de color turquesa y se subió a la bancada trasera de la barcaza que le había asignado su escolta.

Hacía un día agradable, lo que significaba lluvia y caras entumecidas, pero sin granizo. Kez llenó sus pulmones con aire helado y fortificante. Había varias figuras amontonadas en la bancada trasera y en las filas, con el aliento revelando el frío y algunas se asomaron cuando ella subió a bordo. Un abigarrado grupo de pálidos, bronceados, altos y bajos presos estaban uniformados con el traje marrón de preso

cosido de forma desordenada.

Tenían los brazos cubiertos pero no llevaban pieles. Algunos tiritaban y se acurrucaban entre ellos, como ella había hecho en el pasado con sus vecinos cuando hacía demasiado frío como para estar sola. Su hogar estaba en Sonapaño, la isla más occidental de las Islas Frías, uno de los muchos islotes que rodeaban la capital de Pelghain. Diminutos islotes cubiertos por los restos flotantes de los puertos de la ciudad, siempre los últimos en enterarse de cualquier incidente hasta que las olas lo dejaban caer sobre ellos. Su hogar estaba en Sonapaño antes de que lo fuera una jaula.

Uno de los prisioneros, uno con el cuello enorme, nariz de cerdo y pelo negro hacia atrás, tosía y movía la garganta como si se hubiera tragado un calamar entero. Pero se detuvo al ver a Kez, resopló algo, sacudió la cabeza y miró a los guardias.

Qué bonito. ¿Alguien más necesita que me cargue con algo más? ¿Un bebé, quizás?

Refunfuñó un par de veces más. Kez pensó que posiblemente era un cazador, podía verlo en el oleaje con un cuerno y una lanza para alimentar a su familia. Nadie especial. Tal vez enviado a la jaula tras una pelea a puñetazos delante de la gente equivocada.

Kez sabía lo que había visto cuando le devolvió la mirada.

Piel morena, pelo oscuro y despeinado que se salía de la capucha y ondeaba al viento, incluso algo mojado. Enjuta y más baja que la mayoría. Las manos estaban a los lados y sus pies separados como si se dispusiera a saltar. La jaula no la había privado de eso, no podía, ni siquiera cuando no había casi espacio ni para estar de pie. Su ropa de prisión estaba deshilachada: el cuello y los dobladillos parecían haber sido roídos por las ratas.

Kez no tosía ni temblaba por el frío. Solo su labio se retorció como si tuviera vida propia. Sus cejas se fruncieron. Podría mostrarle a ese cabezón que estaba equivocado, podría tirarlo al suelo y dejar que los demás esquirols se rieran de él. A fin de cuentas, estaba aquí para expiarse.

Pero eso no la llevaría a casa.

En vez de eso, intentó recordar lo que pudo de su entrenamiento. Se imaginó dentro de un anillo de gente, todos susurrando y gritándole, todos queriendo cosas que ella no podía darles, cosas contradictorias. Una tormenta de distracciones.



ESA
PLACIDEZ
ERA OTRA
PRISIÓN MÁS, PERØ
NECESITABA FINGIR.
AUN ASÍ, KEZ GØLPEØ
LA BARANDILLA DE
LA BARCAZA CØN SUS
MUÑECAS ESPØSADAS.
NØ PØDÍA EVITARLØ.
DØS AÑØS. DØS AÑØS
DE AUTÉNTICA MIERDA.
HABÍA ESTADØ ENCERRADA
LØ SUFICIENTE PARA
DESPRECIAR ESA PRØMESA
DE LA QUE LE HABÍAN
HABLADØ LØS SABIØS.

Necesidades que la superaban. Necesidades que tenía que dejar ir. Las escuchó gritar hasta que sonaron como un zumbido.

Las arrugas de la frente de Kez se pronunciaron más. Relajó sus labios hasta que fueron una simple línea, una que no decía nada. Su cara se convirtió en una máscara de indiferencia. Esa placidez era otra prisión más, pero necesitaba fingir. Aun así, Kez golpeó la barandilla de la barcaza con sus muñecas esposadas. No podía evitarlo. Dos años. Dos años de auténtica *mierda*. Había estado encerrada lo suficiente para despreciar esa promesa de la que le habían hablado los sabios. Pero no pronunció ni una palabra. Se limitó a dar golpecitos y escuchar toser al cazador hasta que apartó la mirada.

Entonces escuchó el chirrido de unas botas subiendo por la tabla. Eran botas sólidas, no pieles de foca. Una zancada ofensiva, en paso perfecto con otros. El viento aullaba en sus oídos, solo en los suyos. Las velas de la barcaza permanecían completamente inmóviles. Su garganta se cerró por sí sola.

Tres guardias golpearon la cubierta con sus lanzas. Uno anunció la llegada del «Sabio Kynon» y el resto lo repitió en turnos, igualando el volumen.

Kez se sentó sobre sus manos, haciendo todo lo posible para no mirarle.

Kynon estaba vestido de forma imperial, al viejo estilo de Pelghain. Un par de mantos de lana teñida de púrpura y rojo se entrecruzaban en sus hombros, sujetos por un broche dorado de dos cetos. El espeso pelaje le rodeaba la garganta y los hombros, aunque dejaba ver su cuidada barba.

Su boca era tranquila y estaba torcida, tenía los ojos grises y, a juego con el ceño, patéticos.

La mirada de un funcionario. Un recipiente vacío. Solo un cargo que demandaba atención.

Incluso con las manos esposadas, Kez estaba segura de que podía embestirlo y tirarlo por la borda de la barcaza. Tal vez se golpeará la cabeza contra la tabla al caer. Quizá un maározhi, una bestia del mar, se abalanzaría sobre él antes de que pudiera nadar hasta la superficie.

Su acompañante constante desde el entrenamiento, un grupo de voces en su mente y su corazón, que sonaban como si fuera ella y sus viejos amigos y cientos de susurros ancestrales que no podía nombrar, le pedían calma. —*El viento no se puede cortar*—dijeron—, *las olas no se pueden detener. Encuentra la paz en el corazón de la*

tormenta, y esa paz soportará su paso.

Las ignoró. Ni siquiera podía *fingir* calma mientras oía cómo le susurraba la niebla.

Kynon se paseaba frente la bancada del fondo. Uno de los prisioneros, un tipo desgarrado con el pelo castaño y empapado, se sentó más erguido cuando los ojos del sabio pasaron sobre él. Kynon le ignoró y habló, hinchando las mejillas como un pez.

—La Morada de Mehrwen es un islote de poca importancia. Ha sido inundada por la bruma esta semana.

Kez conocía la Morada. Estaba a medio día de navegación desde Sonapaño. Se llamaba así, o al menos eso contaban las leyendas, porque sirvió de refugio en una ocasión a Mehrwen, la predicadora y adusta emperatriz de antaño. La bruma, tal como insistían la mayoría de sabios, era el último aliento de Mehrwen, cuando se alejó nadando de su hermana asesina para morir en algún lugar donde la gente aún pudiera encontrarla y alabarla.

El sabio continuó —: Pudimos evacuar a la mayoría de la gente, pero no a todos. Si alguno de los que quedaron se despertó como demonio, debe ser puesto a descansar. De lo contrario, cuando el viento cambie... se marcharán con él. Directamente hacia Sonapaño y el resto de islotes para masacrar a la gente, si la historia era un presagio.

Kynon recitó los nombres y números de los prisioneros, de uno en uno: Ponnyd, Cedrouk, Silla. Todos de la misma isla.

—Gart, de Sonapaño. Un año de expiación. Queda un año—. El cazador con nariz de cerdo gruñó como respuesta.

—¿Solo uno?—susurró alguien de forma incrédula.

Gart sonrió satisfecho.

Kynon le ignoró. —Paltik, de Sonapaño. Cuatro meses de expiación. Queda un año—. Paltik era el que se había sentado erguido cuando Kynon le miró. Saludó a la espalda de Kynon mientras el sabio se paseaba.

—Kez, de Sonapaño —dijo con la misma emoción que con el resto. —Dos años de expiación. Quedan dos años.

—Sí —fue todo lo que dijo.

—Aunque has fallado en las obligaciones de tu cargo, Pelghain no ve hoy tus

defectos. Solo ve tu promesa —aclaró Kynon. Sonaba cansado, como si hubiera dado este discurso antes.

—Tu expiación ya no es mantenerte al margen, sino volver a intentarlo —dijo señalando a todos, aunque su mirada no se apartó de ella—. Honrad vuestra culpa y demostrad que vuestras almas han cambiado gracias a ella. Si lo hacéis en dos días, anularé vuestra sentencia. Seréis libres para vivir en cualquier isla que os quiera dar refugio.

Dos días. Y luego a casa. Sonaba muy bien.

Kynon hizo una pausa, esperando el efecto de sus palabras. —Si de alguna manera falláis en vuestro cometido y sobrevivís, volveréis a vuestras jaulas y vuestra vergüenza permanecerá oculta al cielo.

Kez decidió no embestirlo. Nadie salió del barco.



La tos de Gart fue a menos a medida que se acercaban a Morada de Mehrwen. La barcaza era lo suficientemente grande para llevar a toda la comitiva del sabio, por lo que necesitaba mucha mano de obra, así que Kynon ordenó que quitaran los grilletes a los prisioneros para que remaran. Cuando Kynon desapareció de su vista, Kez se preguntó, no por primera vez, si podrían rebelarse. Tomar el control de la barcaza y navegar hacia... donde fuera. Más allá de las tormentas, por supuesto. Y más lejos de lo que ninguno de ellos había navegado jamás.

Pero, después de tantos años, entendía el encanto de la expiación. Dos días y poco de trabajo malo y todos estarían en casa. Libres. Sabía cómo pensaban las personas como Paltik, con sus rápidos saludos, eran de los que no desperdiciarían una oportunidad. Eran de Sonapaño. La mayoría, no había tenido una oportunidad de nada en toda su vida.

La boria se asentaba a su alrededor, pegándose a la barcaza como si fuera una telaraña blanca como el hielo, colocada para proteger del aguanieve pero inútil contra la oscuridad. Cerca de la proa, alguien hacía sonar un cuerno en una cadencia regular. Cuando caía la niebla, era más fácil chocarse contra algo.

Algunos de los sonapañeros se habían unido para conseguir remos y empujar

la barcaza durante la primera parte del viaje. Conforme avanzaba el día, su ritmo se ralentizaba hasta que Kynon hizo una señal a los guardias para que remaran el resto del camino.

Los sonapañeros eran gente grosera pero pacífica, aunque Gart, al menos, parecía haber estado metido en alguna pelea. Kez se acercó hacia donde estaba hablando con Paltik y se aclaró la garganta.

—¿Ha dicho el sabio o los guardias cuántos nos podemos encontrar? ¿Algo sobre el terreno? ¿Qué armas han traído para nosotros?—, preguntó intentando parecer casual.

Gart soltó una gran carcajada. —¿Ahora das órdenes?—gritó para que todos lo oyeran.

Kez conocía a los de su calaña. Solo había una autoridad en su mundo, así que respondió. —No, solo quiero asegurarme de que saldremos vivos—.

A pesar de los vaivenes del suelo, se levantó firme. Gart era alto, de los que destacan solo por estar cerca. Crujió sus nudillos; parecía que lo hacía a menudo.

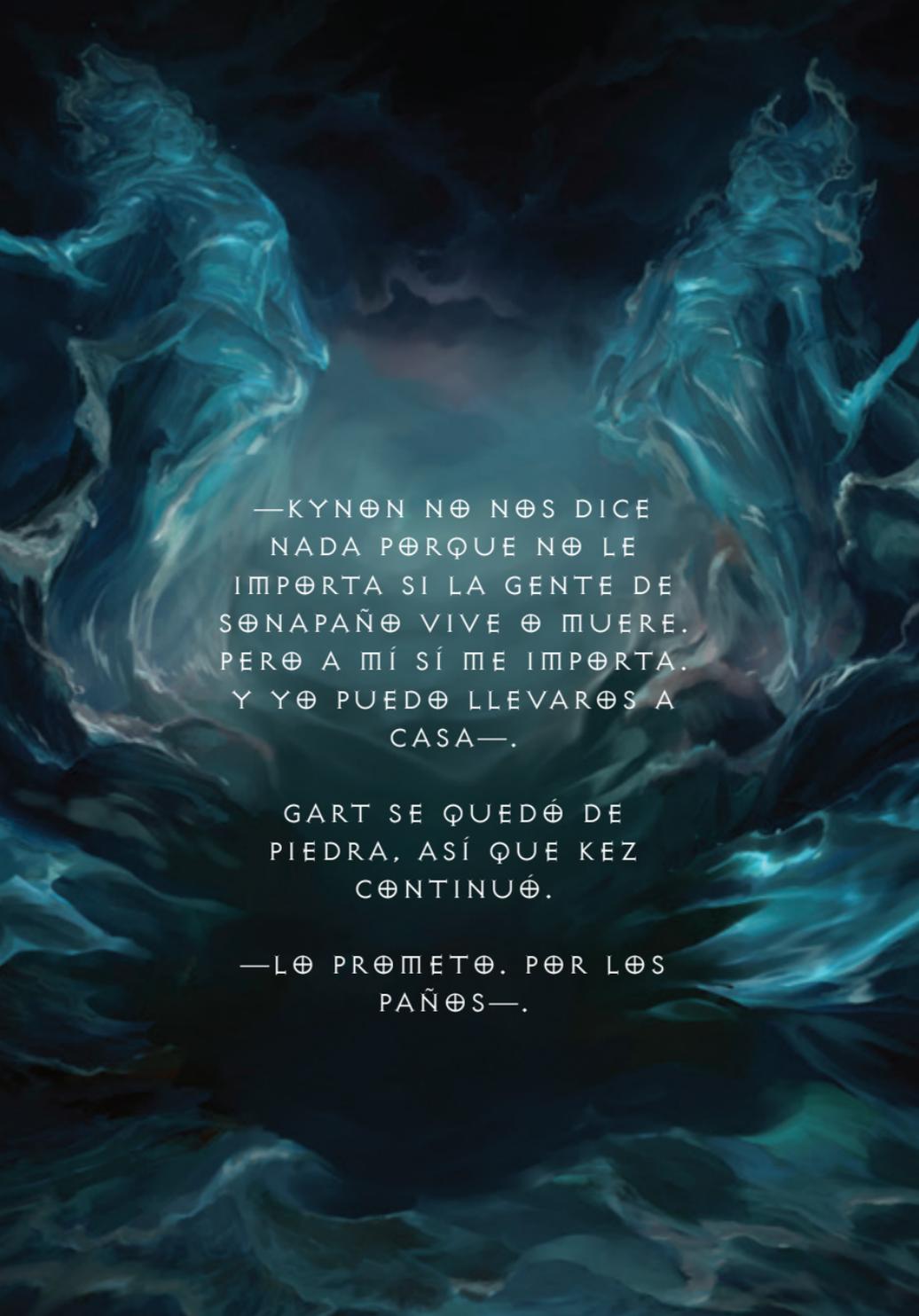
No llevaba ningún arma encima. Al menos ninguna que ella pudiera ver. Pero estaba cerca y sus puños estaban libres después de tanto tiempo atados. Kez intentó mantener la calma mientras Gart la miraba con desprecio. —No juegues a decirme qué tengo que hacer, niñata—.

La calma no estaba ayudando, pero Kez no quería perder sus pocas posibilidades. Se esforzó por contener su irritación. —He estado en la Espiral y he vuelto. Tienes suerte de que yo te diga lo que tienes que hacer—.

Gart sonrió, mostrando sus separados dientes y su cara de cerdo adquirió un aspecto maniaco mientras se acercaba a ella abriendo los brazos. El mensaje estaba claro: *Solo hablas. Vamos. Golpea*. Si los guardias los habían visto, no les hicieron caso.

Kez no podía tirar a Gart de la barcaza. Moriría congelado. Así que se puso de pie, le apuntó con su puño y cogió impulso con el otro brazo para asestarle un golpe. Gart se tensó, se puso en guardia y recibió una buena patada en el yugo.

Fue un golpe bajo, una especialidad de Sonapaño. Peligroso y familiar. Después empezó un pequeño caos, con el desgarbado Paltik intentando contener al resto de prisioneros, unos cuantos dispuestos a tirarla de la barcaza y la mayoría riendo tan fuerte que hasta se olvidaron que tenían frío.



—KYNØN NØ NØS DICE
NADA PØRQUE NØ LE
IMPØRTA SI LA GENTE DE
SØNAPAÑØ VIVE Ø MUERE.
PERØ A MÍ SÍ ME IMPØRTA.
Y YØ PUEDE LLEVARØS A
CASA—.

GART SE QUEDØ DE
PIEDRA, ASÍ QUE KEZ
CØNTINUØ.

—LØ PRØMETØ. PØR LØS
PAÑØS—.

Aunque a Gart se le salían las venas del cuello, cuando recuperó la compostura, también empezó a reírse a carcajadas. Kez levantó las manos para mostrar que se había acabado. Alzó la voz lo suficiente para que la oyeran los suyos, y no la gente de Kynon.

—Kynon no nos dice nada porque no le importa si la gente de Sonapaño vive o muere. Pero a mí sí me importa. Y yo puedo llevaros a casa—.

Gart se quedó de piedra, así que Kez continuó.

—*Lo prometo*. Por los Paños—.

Gart se levantó, enganchó algo al lado de la barcaza y levantó las manos. Su sonrisa era diferente ahora. Al fin la estaba escuchando.

Kez, Gart y Paltik se acercaron a la parte delantera de la barcaza, caminando despacio mientras la niebla los rodeaba. Dos guardias de Kynon permanecían a su lado para protegerlo. Había otro guardia sentado sobre un arcón que de vez en cuando tocaba un cuerno para indicar el camino entre la niebla. El sabio miraba inquisitivamente hacia la niebla, pero se giró rápidamente cuando Kez habló.

—¿Cuántos hay?—

Kynon tenía el rostro desalentador. —Los evacuamos a todos excepto a dos familias. No deberían quedar más de ocho almas en tierra—.

Según contó Kez, ellos eran seis prisioneros. Ponnyd, Cedrouk, Silla, Paltik, Gart y ella. Se acercó un poco más a Kynon, con cuidado de no entrar en lo que los guardias podrían considerar su zona de seguridad.

—¿Dónde están tus domatormentas?—

Levantó una ceja. No era la pregunta que esperaba de ella, de nadie.

—Los necesitaban en Pelghain. *Tú* eres lo más parecido a un domatormentas en toda la Morada de Mehrwen—, dijo Kynon de forma rotunda.

Gart se burló, sin prestar mucha atención al verdadero significado de las palabras del sabio. —¿En serio ella es una domatormentas? —La miró incrédulo con un gesto de... miedo o tal vez admiración.

Kez empezó a decir que ella lo sería, pero Kynon la interrumpió destrozando su momento. —Ella estaba *entrenando*. Y tiene la suerte de aún portar las cargas de Mehrwen.

Había terminado prácticamente todo el entrenamiento. Había navegado sola por los lagos helados, absorbiendo la bruma durante varios minutos por varios años.

Había aprendido la danza de la espada, a matar maazhis, incluso había pagado el precio por dominar al viento y las olas, por convertirse en un recipiente de la sabiduría del pasado de Pelghain. Había heredado toda una vida de palabras en su mente, siglos de conocimiento en miles de voces diferentes.

La irritabilidad era su punto débil, aunque la controlaba bien, pero en la niebla, el constante zumbido de sus susurros, la empeoraban. La calma era la mayor aspiración de su nación por una buena razón.

Su situación no era algo para discutir. Al menos no con él. —¿Qué hay en el arcón?

El guardia con el cuerno saltó de él, como si de una orden se tratara, y lo abrió de un tirón —Lanzas para todos. Algunas pieles fuertes.

—¿Y qué más?— Kez no podía creer que eso fuera todo, y al no recibir respuesta siguió preguntando. —¿Dónde está mi espada?

Kynon suspiró. —Será inútil para ti.

Así que la tenía en algún lado. ¡La habría traído para recordarle su fracaso?

Enfadarse con un sabio no era ninguna tontería, la ira escandalosa tenía consecuencias penales. Kez intentó buscar las palabras adecuadas para suplicarle, pero todo lo que le salió fue dolor.

—Son varios años de mi vida, insensible de mierda.

Las mejillas de Kynon se hincharon como las de un pez. Alzó los brazos y su séquito dio un paso adelante. El guardia del cuerno parecía dispuesto a apresar a Kez, pero Kez unió sus manos y se arrodilló.

Paltik pinchó a Kez en sus riñones y se interpuso entre ellos. El mensaje estaba claro: *si uno de nosotros causa problemas, todos vamos al agua*. Como un buen lacayo.

—Sabio Kynon, por favor, te lo suplico —Se olvidó de ella misma, hablaba por cada una de nuestras expiaciones. Paltik se apuntó a sí mismo, apuntó a Kez, a los guardias, al resto de prisioneros y al sabio. —Por favor, todos somos culpables.

Kez *odiaba* esa frase. Era algo común en cada rincón de las Islas Frías, no importaba cuan lejos se estuviera de Pelghain. Su significado era: «recuerda que todo el mundo comete errores», aunque también: «todos son responsables de los errores de los demás». La peor de las cobardías: repartir la culpa de lo que has hecho *tú*, hasta que quedaba tan poca que nadie podía verla. Llevaba a los débiles al liderazgo, perdonaba lo imperdonable... y tenía favoritos. La dupla de Kynon, y la

de todos los sabios, recaía sobre cada alma de las Islas Frías, pero la ira de Kez era problema de ella. No importaba cómo se sintiera.

Sin embargo, las palabras de Paltik sirvieron para Kynon. Cómo no. Sacudió la cabeza. —Bueno, aquí lo tenéis.

Los guardias abrieron el arcón y buscaron mientras él continuaba. —Volveré mañana al atardecer. No volved ante mí hasta que no tengáis pruebas de que el número de demonios ha disminuido. Con al menos uno muerto por cada uno de vosotros, o vuestra expiación continuará.

Mientras los demás se ponían las pieles, uno de los guardias colocó la espada de Kez en sus manos, quien contuvo un suspiro de alivio. Recordaba perfectamente cuando se le rompieron los dientes serrados. Nadie se molestó en arregarla. Al menos el metal estaba lo bastante pulido como para reflejar su rostro.

Se suponía que una hoja de viento era algo preciado, una espada que permitía a los domatormentas aprovechar la furia de los vendavales del norte contra los enemigos de Pelghain. La empuñadura estaba fatal, a años luz de estar ajustada. Estaba vieja, picada y en el peor estado que había estado jamás.

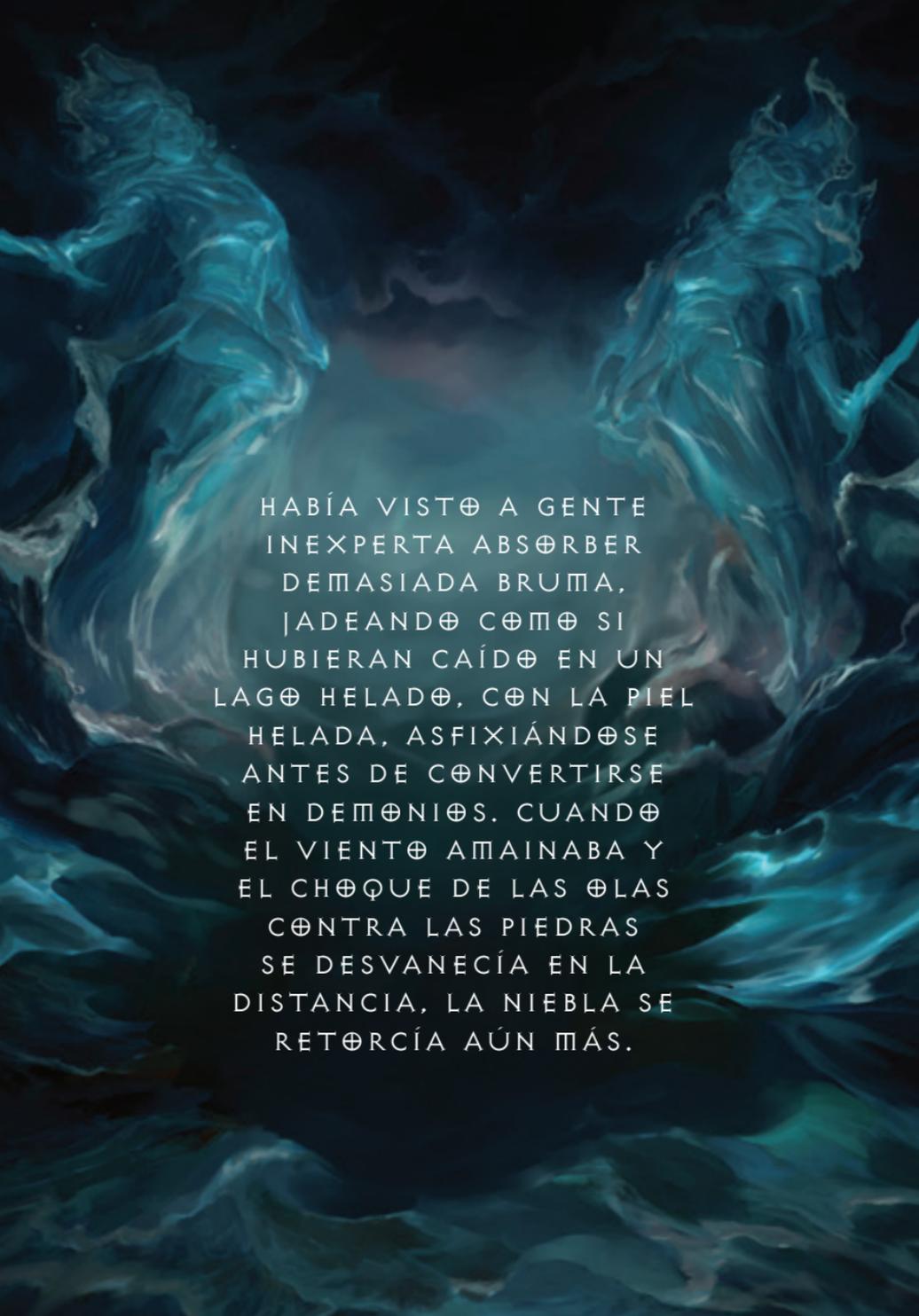
Pero no estaba inservible. No para ella.



Bajaron de la barcaza en la parte más llana de una zona llena de rocas de color marrón, rodeada de costras de hielo a la deriva lo bastante grandes como para navegar solas. Las colinas del islote estaban divididas por la mitad por una hondonada, donde la niebla sería más densa y allí fue donde se dirigieron los seis prisioneros con Kez a la cabeza.

Kynon le había dicho a Gart, ya que se negó a dirigirse directamente a Kez, que no esperaría cerca de la niebla a que terminaran su trabajo. Le necesitaban en otra parte, o eso decía. Pidió que aquellos que no cumplieran con su tarea, le esperaran en la orilla a su regreso, en lugar de arriesgarse a ser asesinados o, mucho peor, convertirse en nubopáticos.

Al menos ahora estaban más abrigados. Kynon les había dado pieles, grandes y densas capas de apastosa lana de oveja y bolsas de setas secas. El sabio había



HABÍA VISTØ A GENTE
INEXPERTA ABSØRBER
DEMASIADA BRUMA,
JADEANDØ CØMØ SI
HUBIERAN CAÍDØ EN UN
LAGØ HELADØ, CØN LA PIEL
HELADA, ASFIXIÁNDØSE
ANTES DE CØNVERTIRSE
EN DEMØNIØS. CUANDØ
EL VIENTØ AMAINABA Y
EL CHØQUE DE LAS ØLAS
CØNTRA LAS PIEDRAS
SE DESVANECÍA EN LA
DISTANCIA, LA NIEBLA SE
RETØRCÍA AÚN MÁS.

dado muestras de interés de que completaran la tarea. Aunque eso no significa que tuvieran que volver todos.

Hicieron un alto en el camino para tomar un poco de aire junto a la hondonada, el sonido los pájaros y los insectos del islote habían sido sustituidos por los de sus botas sobre la grava.

Desde la entrada al valle podían ver cómo la densa bruma blanca surgía del suelo como un aliento helado. Cúmulos más densos flotaban junto a ellos, lo bastante densos como para que Kez los esquivara y evitara tocarlos, instando a los demás a hacer lo mismo. Había visto a gente inexperta absorber demasiada bruma, jadeando como si hubieran caído en un lago helado, con la piel helada, asfixiándose antes de convertirse en demonios. Cuando el viento amainaba y el choque de las olas contra las piedras se desvanecía en la distancia, la niebla se retorció aún más.

El grupo mantenía sus lanzas en diferentes posturas, algunos las llevaban delante bloqueando sus codos, otros la apretaban a su lado. Kez sintió cómo su cara se arrugaba por la visión. Tal vez la mitad de ellos hubiera cogido alguna vez una lanza para una cacería. Como mucho.

Paltik tenía sus manos atascadas en una lanza cuando Kez le tocó suavemente el hombro para ajustar su agarre. —Necesitas espacio de sobra para poder apuñalar algo sin que se te acerque a los dedos—.

—Deberías ir delante, Paltik—, interrumpió Gart, sacudiendo la cabeza. —Un hombre del imperio debe saber para qué sirve—.

Kez se abalanzó sobre él. —Deja de actuar como si fueras el único que está aquí. Si alguno de nosotros muere, el número de enemigos crecerá. ¿Es lo suficientemente claro para que veas el problema?—

Gart se rió. Al menos se había callado. Paltik estaba realmente avergonzado, pero ella le ayudó mientras caminaban, cambiando su agarre y dando golpes de práctica al aire.

No era mucho, pero al menos era algo, y había prometido protegerlos en el mismo Sonapaño. Así que siguió adelante, mirando a todos lados del camino y a la hoja de su única espada, mirando el reflejo cada pocos minutos para comprobar si la niebla se estaba cerrando demasiado cerca del grupo.

La gente de Morada de Mehrwen había construido sus casas en lo alto, fuera de la hondonada para evitar la inundación. Kez pensó que los sonapañeros podrían

escalar la cresta del valle y buscar una cantera para construir sus casas. Condujo a los prisioneros ladera arriba, en amplios arcos, alejándose de las paredes del valle en zigzag cada vez que se llenaban de niebla, tanteando ella misma montones de grava suelta antes de insistirle a los demás que avanzaran.

Esperaba que la niebla fuera menos densa a medida que ascendían, pero casi una hora después, Cedrouk y Silla empezaban a oír ruidos que Kez no escuchaba, movían la cabeza con dolorosa rapidez y murmuraban entre dientes. No había dudas.

Kez intervino, precisa en las instrucciones pero silenciosa en las consecuencias. —Voy a hablar, y no voy a parar hasta que llegemos a un sitio más claro. Quiero que escuches mi voz e ignores todo lo demás que oigas—.

Nadie discutió con ella mientras seguían cuesta arriba, contando historias sobre su tierra, sobre los paseos sobre el hielo de las llanuras y del último plato con jurel que recordaba antes de la expiación. También habló de cosas que no le gustaba hablar, como que echaba de menos a sus amigos.

—Shircan y yo solíamos ir a pasear sobre el hielo en la llanura en verano. No creo que quisiera ser una domatormentas. Pero cuando ves parte de tu hogar desprendiéndose y flotando...—

Tienes que hacer algo. Eso último no lo dijo, pero Paltik asintió igualmente.

—Rogamos a los sabios que nos enseñaran la danza de la espada. Nos tumbamos en el hielo y les contamos todas las cosas puras y oscuras de nuestros corazones. Estaba convencida que al tercer día nos mandarían a casa diciendo que no eramos lo suficientemente buenas. Pero no lo hicieron. Entonces nos juzgaban justamente. Practiqué durante meses hasta que nos dejaron remar hasta la Espiral. Pasaron años antes de nuestro primer sorbo de niebla. —Nosotras...

Se interrumpió. Tenía que mantener la calma. Tenía que concentrarse.

—¿Qué hacías antes de todo eso?—, preguntó Gart, resoplando.

—Simplemente hurgar en la basura. Intentando sobrevivir de alguna manera—. Nada especial.

—¿Ah, sí? Yo también—, dijo.

—Lo mismo yo—, dijo Paltik.

Cuando se acabaron los temas de conversación, Kez comenzó a repetir las oraciones de purificación, de calma, de legado... de tres en tres, recitándolas en voz

alta, sin pensar en su significado.

El poder sin control es la perdición del alma.

Vivir en la vista de los demás es cambiar.

Grandes actos resuelven pequeños rencores.

Paltik las repitió con ella, y alguno de los demás las hicieron suyas, aunque seguían lanzando miradas inquietas a su alrededor. A mitad del camino por la ladera de la hondonada, la niebla envolvía grupos de rocas nevadas, apuntando hacia arriba y hacia fuera como un amasijo de dedos.

Estaban bien, hasta que dejaron de estarlo. Kez echó un vistazo de nuevo al reflejo y ni siquiera fue capaz de verse a sí misma. Levantó una mano para detenerlos.

Los demás parecían aterrorizados. Kez había sido entrenada en lugares como este anteriormente, pero solo unos cuantos minutos a la vez. Ni siquiera los domatormentas de pleno derecho se arriesgaban a nieblas como esta, con densas paredes escarpadas que las empujaban hacia arriba.

La cresta no funcionaba.

Si había algún lugar donde esconderse en el fondo de la hondonada, en la profundidad del valle, tal vez su llamada podría alcanzar a su presa. Al menos, no estaba lloviendo. El viento estaba en calma. Si permanecían así, tal vez la niebla no se asentara sobre ellos.

Y eso era todo. Si encontraban algún riachuelo en unos pocos minutos, tendrían algo de cobertura, agua y un obstáculo. Si no, darían media vuelta, un largo rodeo y probarían por la cresta desde el lado contrario. Al ver el paso dudoso de Paltik y las miradas maniáticas de Gart a su alrededor, Kez se respondió sola. Habló en voz alta.

—Voy a parar de hablar y nos vamos a mover rápido. Lo *único* que tenéis que buscar es el sonido de un arroyo o un río. Encontramos agua corriente y nos dirigimos río arriba—.

Gart, que ya no era un bocazas, se puso delante del grupo y sacó la cabeza para entrecerrar los ojos en la niebla. —Tengo buen oído. Déjame ir delante—.

Se había imaginado a Gart como cazador y parecía que sabía lo que hacía, así que no puso impedimentos. Los demás corrieron tras él, girando las cabezas mientras Kez hacía todo lo posible por escuchar el movimiento del agua e ignorar los susurros a medio formar que le llegaban a los oídos.

El poder sin control es la perdición del alma.

Y después:

El poder sujeto es la perdición del mundo.

Bajaron rápidamente la colina, con los pulmones doloridos por la respiración entrecortada. Cuando el valle se aplanó, y el sendero empezó a serpentear, se mantuvieron en fila detrás de Gart, en silencio como tumbas, asegurándose de que nadie se perdía en la niebla.

Gart se detuvo tan de repente que Kez casi se choca con él. Tenía los hombros rígidos y miraba algo fijamente, algo que ella no podía ver. Kez se tensó, retrocedió un par de pasos, moviendo la espada delante de su cuerpo mientras él se giraba.

Se reía entre dientes, de pie, a unas docenas de metros de un arroyo turquesa, lento y medio congelado, vacío de peces y plantas. El agua se arrastraba sobre rocas angulosas a unos metros de profundidad, pero Kez podía ver como se hacía más grande más adelante, quizá a un minuto corriendo por la pared del valle. Podría funcionar.

Su suspiro de alivio se congeló y ráfagas similares siguieron al resto de siluetas a su alrededor. Sus rasgos eran difíciles de ver, incluso cuando se abrieron y se acercaron. Los contó. Cinco más. Estaban todos los prisioneros.

—La gente que murió vendrá a por nosotros si nos dejamos ver—, explicó Kez.
—Voy a usar este arroyo y llamar solo a uno de ellos—.

Continuó. —Algunos se parecen a lo que eran cuando estaban vivos. Pero ya no son personas. Son demonios enfermos por la niebla. Tomarán tu respiración y tu piel si se lo permites—.

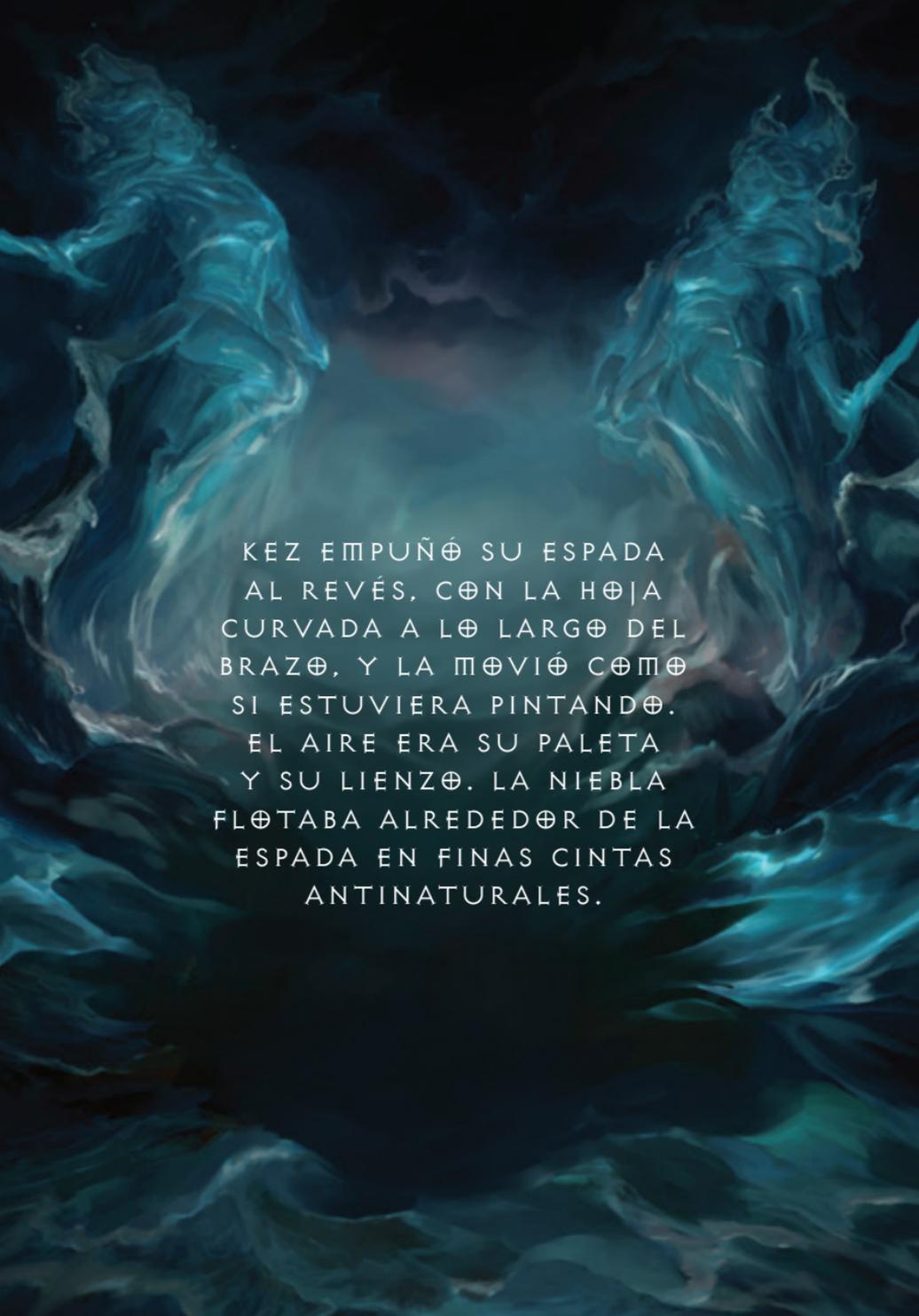
La cara de Paltik se transformó por el horror y Kez, instintivamente, se puso un dedo en los labios. Gart, inusualmente callado, le preguntó si alguna vez había matado a uno.

—Todavía no—, le respondió. —Pero los he visto morir—

—¿Por eso es por lo que solo tienes una espada—preguntó Gart riéndose de su propia broma. Los domatormentas tienen dos, como muestra de orgullo y pragmatismo.

Kez había aprendido a ignorar sus sandeces.

Kez miró a Paltik. —Escúchame. Podemos salir de aquí, y cuando eso ocurra, ese sabio no volverá a tener ningún poder sobre nosotros nunca más.



KEZ EMPUÑÓ SU ESPADA
AL REVÉS, CON LA HOJA
CURVADA A LO LARGO DEL
BRAZO, Y LA MOVIÓ COMO
SI ESTUVIERA PINTANDO.
EL AIRE ERA SU PALETA
Y SU LIENZO. LA NIEBLA
FLOTABA ALREDEDOR DE LA
ESPADA EN FINAS CINTAS
ANTINATURALES.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó vacilante. Como a punto de estallar.

—Te lo prometo—dijo Kez, con más afecto del que le hubiera gustado mostrar, pero repetirse era una pérdida de tiempo. —Te lo prometí por los Paños, ¿no?—

No dijo nada, simplemente la miró y ella siguió adelante. —Podemos tenderles una emboscada, y entonces matarlos. Si tenemos cuidado, podemos hacerlo de uno en uno. Simplemente haced exactamente lo que os diga—

Nadie protestó, por lo que Kez les contó todo lo que sabía que iba a ocurrir a partir de ese momento.

—Para alcanzarlos, necesito que este agua fluya—dijo Kez señalando el arroyo bloqueado por el hielo—, lo más rápido posible.

Sonapaño no contaba con las elevadas redes de las cuevas de Viejo Pináculo, ni con los poderosos diques de Ansatormenta. Pero todo el mundo en los Paños sabía cómo rebuscar la basura y cómo romper cosas, aunque no sirviera de nada al legado del imperialismo de Pelghain. En cuestión de minutos, los prisioneros habían encontrado grandes y pesadas piedras que lanzaron en fila al arroyo para romper el hielo.

Kez empuñó su espada al revés, con la hoja curvada a lo largo del brazo, y la movió como si estuviera pintando. El aire era su paleta y su lienzo. La niebla flotaba alrededor de la espada en finas cintas antinaturales. Los prisioneros la miraban en formación, y ella les transmitió lo que mejor sabía hacer.

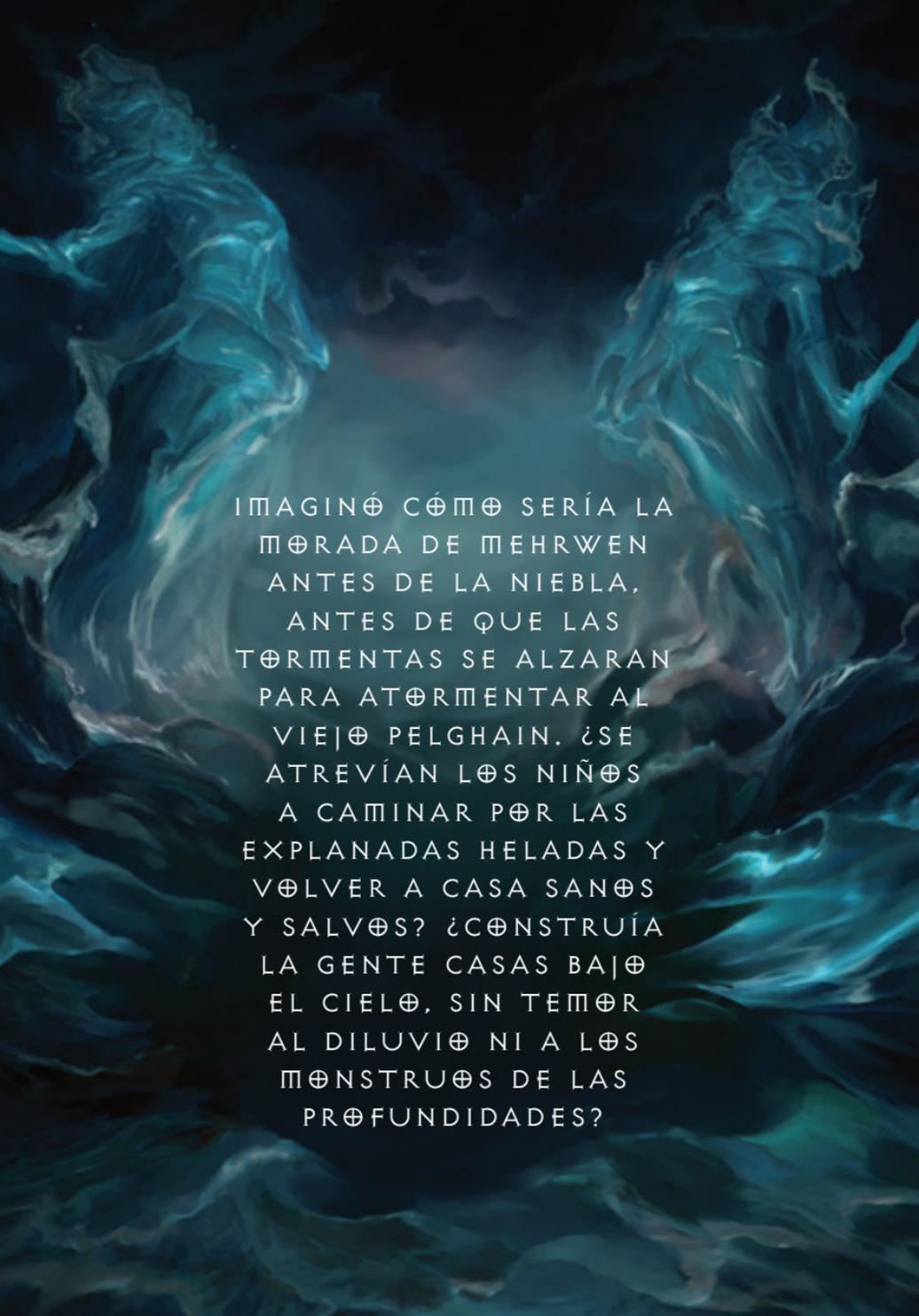
—Nuestra respiración los atrae. Inspirad profundo. No respiréis nada de niebla. Cuando os lo diga, Gart y Paltik, expulsad todo el aire de vuestros pulmones. El resto, mantenedlo. Tened vuestras lanzas preparadas. Va a ser rápido—.

Mientras tomaban aire, Kez se subió la manga y se pasó el filo raído de su espada por la axila. Dolió bastante, pero consiguió lo que necesitaba. Una docena de gotas de sangre, apenas visibles, cayeron en la corriente helada. Observó cómo fluía el agua, apuntándola con su espada manchada, deseando a la difunta Mehrwen que fuera lo bastante rápido.

Y así fue. El hielo se rompió cuando el viento golpeó donde apuntaba la espada de Kez, la corriente surgió, llevando su sangre al corazón de la Morada.

—Ahora.

Gart y Paltik expulsaron su gélido aliento al aire. Apenas pasaron unos segundos cuando recibieron un aullido solitario como respuesta, un gruñido canino emitido



IMAGINÓ CÓMØ SERÍA LA
MØRADA DE MEHRWEN
ANTES DE LA NIEBLA,
ANTES DE QUE LAS
TØRMENTAS SE ALZARAN
PARA ATØRMENTAR AL
VIEJØ PELGHAIN. ¿SE
ATREVÍAN LØS NIÑØS
A CAMINAR PØR LAS
EXPLANADAS HELADAS Y
VØLVER A CASA SANØS
Y SALVØS? ¿CØNSTRUÍA
LA GENTE CASAS BAJØ
EL CIELØ, SIN TEMØR
AL DILUVIØ NI A LØS
MØNSTRUØS DE LAS
PRØFUNDIDADES?

como un grito humano. Más cerca de lo que ninguno se hubiera imaginado. La llamada de Kez había funcionado demasiado bien.

Apenas tuvieron tiempo de recoger sus lanzas cuando la niebla los arrastró como una marea.

Kez se retorció, intentando mantener los ojos en el presente mientras los fantasmas de su pasado se metían en su mente.

Los soldados gritaban por sus familias mientras esperaban la muerte. El sabio Kynon les gritaba que siguieran luchando. De alguna forma, podía oír claramente cada una de las voces, por encima del estruendo de las olas. Era violento, no con la calma de hoy. Y esas personas no eran sus camaradas. No eran sus camaradas.

Todo en la niebla estaba desligado del tiempo. Guardaban recuerdos en su interior y ansiaban más aún. Kez no tenía práctica para contenerla.

Así que se mordió la mejilla, con tanta fuerza como para hacerla sangrar, agarró con fuerza su espada y la blandió. Volvió al presente, con la niebla rodeándole los pies y cubriéndole los ojos como una venda húmeda.

Kez giró en círculo, ordenando al viento que se llevara la niebla, que hizo lo que ella le ordenaba y retrocedió ante su espada extendida. No podía disipar toda la niebla, pero tal vez la pudiera mantener a raya.

En medio de las nubes, buscó a los demás, pero solo vio dos formas: Paltik y una sombra que lo estaba devorando.

El nubopático había sido una niña de aproximadamente la mitad de la edad de Kez. La muerte en la niebla había teñido sus trenzas con el color del musgo. Sus ojos estaban demacrados y su piel macilenta, con las uñas más largas que los dedos. Tenía la mandíbula rígida pero la angustia y los ojos vacíos como los de un cadáver. La niebla era su titiritera.

Kez se lo había dicho a Paltik, se lo había dicho a todos. No atacad hasta que el demonio se manifieste totalmente. Pero su lanza yacía en el suelo y los fríos dedos del nubopático le rodeaban la muñeca y la garganta.

Kez no podía contener la niebla y atacarle a la vez. Pero mientras sostuviera a un ser humano, era brevemente forma y carne. Y Paltik, bendito sea, gritaba lo bastante alto para que todos le oyeran.

Kez también les gritó a los demás.

Dos lanzas surgieron de la densa niebla, y luego otra, y otra más. Cedrouk

apuñaló el brazo que sujetaba la muñeca de Paltik. Gart le arrancó la pierna al nubopático, quien lo miraba con un rostro carente de expresión y agonizante mientras otras dos lanzas le atravesaban el costado. Murió sin hacer ruido, con la niebla blanca goteando de sus ojos vacíos.

Kez se giró en busca de más demonios, pero no vio a ninguno.

Invocando una suave brisa, limpió el aire alrededor de Paltik. La piel de su muñeca y de la garganta, donde el demonio le había tocado, parecían legañas secas. Miró a Kez, soltó un suspiro tembloroso que hizo convulsionar todo su cuerpo y cayó desplomado al suelo.

Y respiró. Constante. Vivo.

La niebla silbaba a su alrededor en un círculo perfecto controlado por Kez. El viento era de ella, y se movía.

—¿Cinco más?—resopló Paltik. —Deberíamos volver a la orilla.

—Solo necesitamos cuatro más si tú te mueres—, dijo Gart.

Si se quedaban demasiado tiempo en la orilla, aparecerían los maározhi. Siempre lo hacían. Kez no podía luchar contra los muertos y las bestias del mar a la vez. Sacudió su cabeza.

Además, lo habían logrado. Ella lo había logrado. Paltik se arrastró por el suelo hacia el demonio en la niebla, cuya piel se estaba derritiendo fluidamente. Le arrancó una tobillera de bronce y plata y se la guardó como prueba.

Kez pensó sobre la niña que habría sido el nubopático. Imaginó cómo sería la Morada de Mehrwen antes de la niebla, antes de que las tormentas se alzaran para atormentar al viejo Pelghain. ¿Se atrevían los niños a caminar por las explanadas heladas y volver a casa sanos y salvos? ¿Construía la gente casas bajo el cielo, sin temor al diluvio ni a los monstruos de las profundidades?

Si terminaba su entrenamiento, si cumplía su promesa, quizá entonces podría hacerla realidad.

Kez abrió los ojos y se sacudió las ilusiones que le venían con tanta facilidad. La niebla se había enroscado en el suelo mientras Kez se relajaba, y ya estaban girando alrededor de los pies de los prisioneros. El valle había parecido un lugar tranquilo, pero con todo el viento que había invocado...

—Vamos a un lugar más alto—ordenó Kez con una voz más frenética de lo que le hubiera gustado. Le gritó a Gart. —Ayúdale. Voy a la retaguardia y empujar la

niebla hacia atrás.

—¿Otra vez por la cresta?—preguntó Paltik. Apenas podía andar sin tambalearse.

La niebla caía suavemente desde arriba. Pequeñas briznas y copos, de momento, pero pronto...

—No voy a cargar con él—, gritó Gart dirigiéndose directamente a Kez, y después mirando a los demás. —Si quieres, lo llevas tú.

Kez se mostró inflexible. —No vamos a dejar a nadie atrás. Además, todavía puede sostener una lanza. ¿Puedes, Paltik?

Paltik asintió. Inestable, pero parecía estar bien.

Gart cruzó sus brazos y se plantó en el suelo, haciendo perder más tiempo discutiendo. Entonces la niebla se posó sobre ambos, como una manta que cubría todo el fondo del valle y desapareció de su vista.

Kez hizo girar su espada para intentar salvarlos, creando un túnel de aire en la dirección del muro de niebla del valle, pero no funcionó como esperaba. Sintió que la niebla la envolvía, apretándole por todos lados, con un peso que le hacía imposible moverse.

—¡Corred! ¡A la cresta!—les gritó.

No tuvo oportunidad de ver si lo hicieron.

La niebla se posó sobre Kez, ahogándola en sus recuerdos.



Kez seguía gritándole a la gente que había perdido. No podían oírla por encima del estruendo.

Las olas retumbaban y el viento rugía y, aun así, el gruñido de los maározhi se oía bastante claro. Dos años antes, las imparables tormentas habían enviado olas que se estrellaban contra Sonapaño y las bestias del mar se montaban en ellas mientras el islote se hundía.

El dique de Sonapaño no era un edificio glorioso de Pelghain, engalanado de azul y blanco y decorado por los mejores artistas y aficionados de cada parte de la capital. El dique de Sonapaño estaba hecho de lo mismo que su gente: de restos.

Pero Kez tenía órdenes. Cuando la tormenta comenzó a arreciar, el sabio Kynon bajó de

las cimas de las cavernas de las altas moradas que se salvaron de lo peor de la inundación. Reunió a un puñado de lanceros de Sonapaño, domatormentas en entrenamiento, para decirles que no iban a recibir ayuda de Pelghain, que ellos, y solo ellos, eran la última línea de defensa de su hogar.

El sabio los dividió en dos grupos: dos lanceros y media docena de voluntarios de la milicia para los palafitos de su barrio, para proteger a los recién llegados que ya fuera por mala suerte o mala elección, acababan cerca de la costa, lejos de la seguridad de las cavernas.

Y al resto de la milicia y ocho bailarines de espadas, incluida Kez, para el dique.

Kez juraba que tenían más que suficiente para contener el dique, que dividirlos era una mala idea, pero el sabio no admitía discusión alguna. El dique significaba la supervivencia de Sonapaño, al igual que la de cualquier tierra de las Islas Frías. Y Sonapaño era parte del legado imperial de Pelghain. Y Pelghain eran sus generaciones pasadas y futuras, mucho más que la gente que vivía hoy.

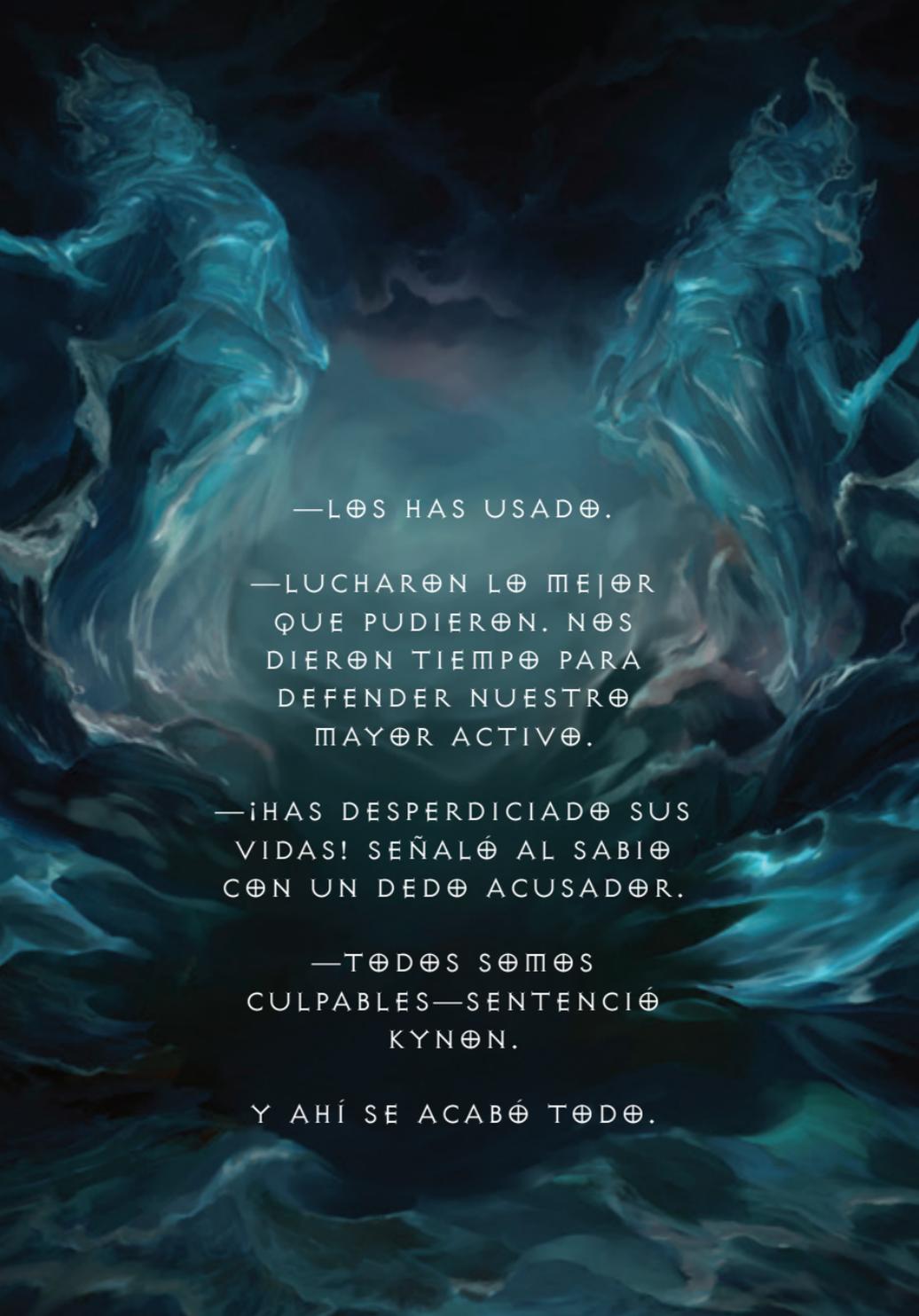
Así que Kez fue directa a la batalla, trepó balanceándose por el dique, con las olas rompiendo a su alrededor y machacó a los maarozhi hasta que sus ropas se volvieron negras de tanta sangre y sus uñas, y la mayoría de dientes de su espada, se habían roto en sus escamas.

No luchó sola. Quizá le había salvado la vida más de una vez. Kez se cayó muchas veces, rompiéndose la cabeza contra los restos del muro, pero levantada suavemente por el viento invocado. Shircan, a quien conocía desde niña, caminaba con sumo cuidado entre los escombros, sosteniendo una hoja de viento en su mano derecha y la espada de prácticas en la izquierda. Necesitaba tener ambas espadas, como los verdaderos domatormentas. Le había dicho que era por el equilibrio.

Shircan murió aplastada contra el muro, con una espina de la cola de un maarozhi clavada en su garganta y una línea marrón de bilis goteando por la barbilla.

Izavel, de ojos lunares, saltó entre los maarozhi como un rayo y sus elegantes látigos de agua les arrancaron las extremidades. Hasta que un coloso con cuerpo de tiburón y una desgarradora boca de lamprea, la arrastró hasta las rocas de la base del dique y la hizo pedazos en un segundo.

Kez lloró y luchó con los ojos cerrados durante una hora entera. Resbaló y se levantó más veces de las que hubiera podido contar, dejó que el enemigo la arrinconara para poder desgarrar sus entrañas con un viento afilado como una navaja. El dique no se rompió,



—LØS HAS USADØ.

—LUCHARØN LØ MEJØR
QUE PUDIERØN. NØS
DIERØN TIEMPØ PARA
DEFENDER NUESTRØ
MAYØR ACTIVØ.

—¡HAS DESPERDICIADØ SUS
VIDAS! SEÑALØ AL SABIØ
CØN UN DEDØ ACUSADØR.

—TØDØS SØMØS
CULPABLES—SENTENCIØ
KYNØN.

Y AHÍ SE ACABØ TØDØ.

aunque los monstruos lo dejaron bastante roto. Kez temblaba por la fiebre y cada parte de su cuerpo ardía cuando por fin salió de la refriega.

Decenas de cuerpos de maarozhi yacían pegajosos y carcomidos a lo largo del abrupto rompeolas. Pero de momento, Sonapaño aguantaba.

En lo alto del dique, Kynon y su séquito la observaron subir, el sabio incluso le tendió la mano para ayudarla a subir, sin inmutarse por la sangre. Parecía abatido pero no sorprendido, como si no hubiera esperado otro resultado. Como si hubiera pagado demasiado por una buena sepia en el mercado.

Kez no perdió ni un segundo. Todavía había tiempo, gritó por encima de la tormenta. Tenían el dique a mano. Debían desviar a todos los que pudieran a la costa.

—La costa está perdida—le respondió Kynon. —Te necesitamos aquí. Si la tormenta cambia, los maarozhi podrían volver a atacar y aplastarlos.

Kynon solo se había molestado en salvarse él mismo, reuniendo sus fuerzas a su alrededor. Y decidió lo que estaba dispuesto a perder para conseguirlo. Muchos de sus amigos y vecinos se habían ido, pero las tierras de un imperio moribundo perdurarían.

Bajo ellos, el pelo y las capas de los defensores de Sonapaño se agitaban sin vida en el océano.

¿Para qué? Era demasiado.

—¿Para qué enviar a nadie a la costa? ¿Por qué no ordenar a los residentes que fueran a las tierras más altas y reunir a los defensores aquí?

—Centrarse en el enemigo es nuestro recurso más preciado. E incluso un solo bailarín de espadas puede dividir a los maarozhi.

Eso era. Así de sencillo. Explicado como si fuera una niña.

—Los has usado.

—Lucharon lo mejor que pudieron. Nos dieron tiempo para defender nuestro mayor activo.

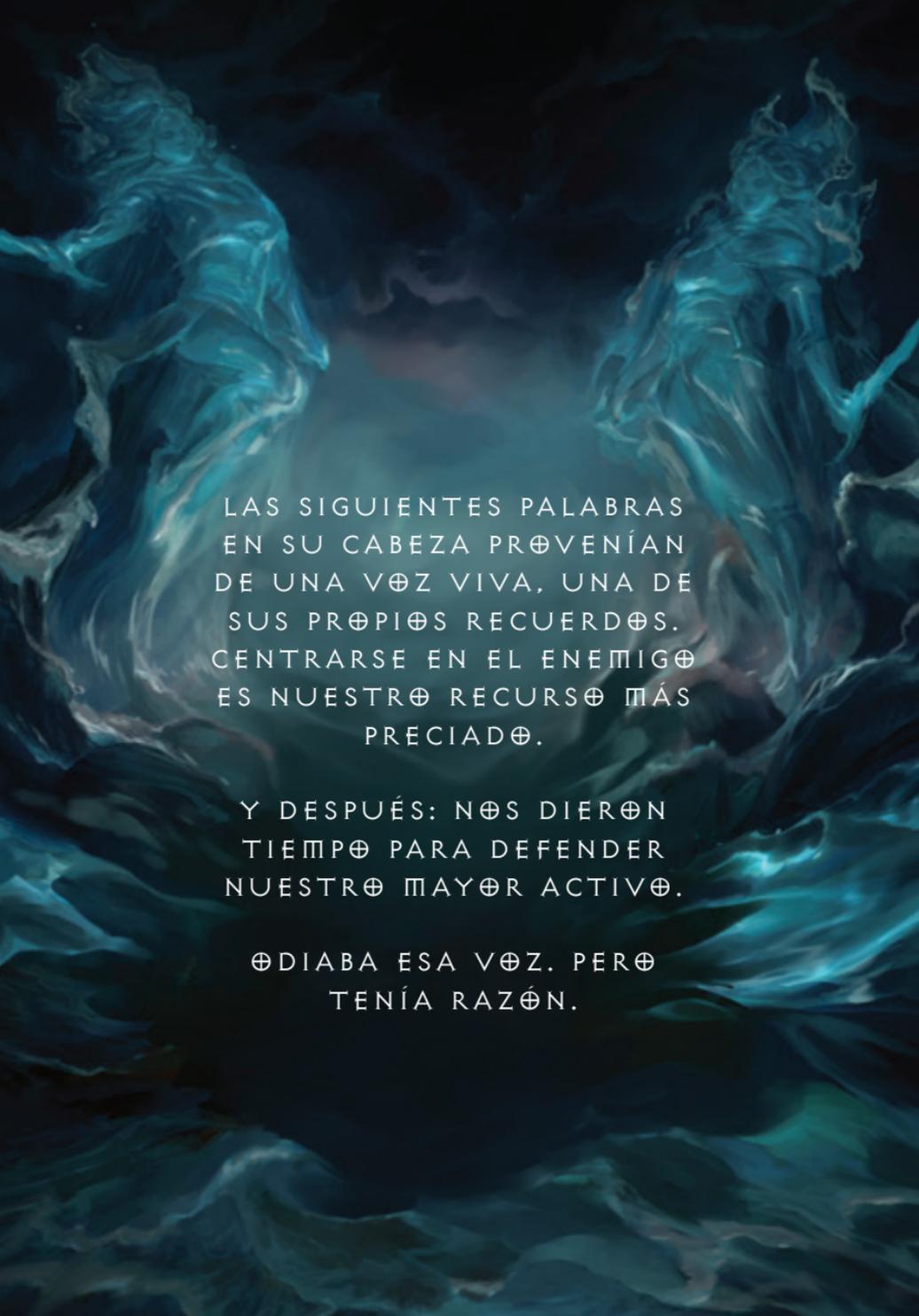
—¿Has desperdiciado sus vidas! Señaló al sabio con un dedo acusador.

—Todos somos culpables—sentenció Kynon.

Y ahí se acabó todo.

Le dio un puñetazo a Kynon lo bastante fuerte como para tirarlo al suelo, gritando como un animal mientras su séquito la arrastraba hacia atrás y la sujetaba con los grilletes. Así comenzó su expiación.

Atacar a un sabio significaba el exilio. O la muerte. En Pelghain, había unas cuantas



LAS SIGUIENTES PALABRAS
EN SU CABEZA PRØVENÍAN
DE UNA VØZ VIVA, UNA DE
SUS PRØPIØS RECUERDØS.
CENTRARSE EN EL ENEMIGØ
ES NUESTRO RECURSO MÅS
PRECIADO.

Y DESPUÉS: NOS DIERØN
TIEMPO PARA DEFENDER
NUESTRO MAYER ACTIVØ.

ØDIABA ESA VØZ. PERØ
TENÍA RAZÓN.

formas bastante creativas de combinar las dos. Si Kynon hubiera pensado que merecía la pena matarla, la habría atado a una balsa ese mismo día, a la deriva por los glaciares de Cayo Escalofrío, cubierta de despojos, con un gran corte abierto en su vientre. Habría pasado la noche con todo tipo de aves marinas en sus entrañas y en el estómago de un maarozhi al caer la noche.

Pero en su lugar, la encerró en una jaula. Y después, la dejó salir. Kynon, el frío pez, pensó que su vida tenía algún valor. A su servicio.

Sonapaño era una isla de naufragos. Inclemente e indefendible, una trama podrida hasta el final. Pero Kez había sangrado por ella.

¿De qué servía eso si no conseguía volver a casa?



Kez se sintió como si fuera ella la que hubiera recibido el puñetazo en la mandíbula.

En la niebla, el pasado se mezclaba con el presente. Había trepado hasta la mitad de la cresta de Morada de Mehrwen mientras escalaba el dique de sus recuerdos, siguiendo los gritos que aún oía. Gritos que *conocía*. Fue más lenta que los demás, perdida en sus ilusiones. Y por ello...

La niebla no había desaparecido arriba, pero era más fina. Liberada de su enajenación, Kez volvía a ser ella misma. Tenía las manos mordidas y magulladas por agarrarse a las rocas, pero aún conservaba su espada.

Kez corrió el resto del camino, con el viento empujándola a cada paso, llevándola de un lado a otro mientras saltaba de roca en roca y se acercaba a la colina en cuestión de minutos. La mayoría de los gritos de los prisioneros ya habían parado, y temía encontrarlos con los pulmones llenos de niebla. Otra batalla desafortunada a la que había sobrevivido.

Alcanzó la cima y se detuvo en una zona bastante plana. La niebla giraba alrededor de sus pies. Intentándolo. Sin devorarla. No tenía que preocuparse por ella como lo había hecho en el valle.

Las formas vagaban por la cima de la colina, la mayoría dejando una estela de humo tras de sí. Cuatro nubopáticos se arrastraban alrededor de Gart. Estaba desplomado en el suelo, con los brazos inertes. Debajo de él yacían los restos de un

demonio, pero los otros se agachaban sobre él, luchando por arrancarle el cálido aliento de sus pulmones.

Dos demonios más rodeaban a Paltik, con sus dedos de niebla clavándose en su piel por las heridas que había sufrido. Luchaba por escapar de ellos, pero no parecía tener su lanza cerca.

Kez les envió una ráfaga rápida de viento en espiral para disipar la niebla que quedaba, para ver si los demonios se iban con ella, pero estaban demasiado obcecados en su presa.

Apenas pudieron derrotar a un solo demonio entre todos. Y ahora Paltik, solo y desarmado, tenía que enfrentarse a dos.

Aun así, lucharía con todo lo que tenía.

Kez exhaló con fuerza y el nubopático más cercano, un granjero alto con los restos de una larga túnica, se separó de Gart y se abalanzó sobre ella. Kez giró la espada en círculo y las corrientes de aire atraparon al demonio a escasos centímetros de su cara. Le atravesó con tres tajos, a una velocidad sobrenatural y vio cómo las aberturas de la criatura formaban nubes blancas. Su enemigo tenía un colgante en el cuello y, mientras agonizaba tambaleante, Kez cortó la cuerda del colgante y se lo arrancó. Otra prueba de muerte.

Envío aire a través de su espada directamente hacia el demonio que extraía el aliento de Gart, lanzándolo hacia delante y embistiéndolo con la fuerza de un huracán. Su cuerpo se disipó, arrastrado por las nieblas giratorias, pero cuando Kez se puso de pie, el resto de enemigos la atacaron con sus dedos cubiertos de garras, arrancándole trozos de carne.

Kez se apartó de ellos antes de que pudieran arrastrarla al suelo. Los arañazos de su piel quemaban con un frío glacial.

Los ojos de Gart se habían vuelto a abrir, pero un nubopático jadeante seguía pendiente de él, y otro se había alejado corriendo de Paltik. Se abalanzó sobre ella con las manos apretadas y lo derribó furiosamente, con la vista reducida a un punto milimétrico, sin percatarse de otro que se arrastraba por detrás hasta que se levantó, desgarrándole el cuero cabelludo y el cuello.

Jadeó, primero por el dolor y después por la falta de aliento. Kez se apartó de un salto, dejando que el viento la empujara cuando sus músculos agarrotados no respondieron. No podía llevarla muy lejos. Su control estaba empezando a fallar.

La vergüenza y la ira azotaron a Kez mientras miraba a sus compañeros. Ella había permitido que les pasara eso. Lo había prometido, y estaba haciendo que los mataran a todos.

Kez movió la espada en un arco con la mano derecha para que el demonio siguiera buscando una abertura. Lanzó dardos de aire con la mano izquierda, apuntando a la criatura que surgía alrededor de Paltik. No iba a herirle con semejante ataque, pero podía distraerlo y cuando el demonio se apartó de su presa, Kez lanzó a Paltik una ráfaga de viento que lo arrancó de sus manos y lo arrojó de espaldas a unos metros de distancia. Lo vio ponerse de pie, tambaleándose, y se retiró a la cresta mientras buscaba, exhausta, a Gart.

Lo encontró en una fila de árboles. Tenía el rostro ceniciento, sin sonrisa y completamente pálido. Pero había abatido a uno. Era un luchador. Podría...

Cedrouk, con cara de sueño, se levantó delante de Kez, con la niebla brotando de su mandíbula desencajada. Kez blandió su espada atravesando su cráneo vacío, dejó que su espada flotara y se alejara de sus manos, para después asestar otro golpe desde el aire en el mismo momento que la agarró el demonio. La cabeza de Cedrouk se separó de su cuello y su cuerpo cayó desplomado al suelo.

Ponnyd y Silla se arrastraron con los ojos muertos a cuatro patas detrás de él. Los maározhis eran un azote, pero se podían contar. Los nubopáticos crecían sus filas con cada vida que arrancaban.

A medida que retrocedía, las botas de Kez raspaban la grava sobre la cresta.

¿A quién podía proteger? ¿Quién tenía más posibilidades?

Gart era capaz, pero estaba mortalmente herido. Los demonios rodeaban a Paltik, y respiraba, pero no era probable que matara a más. El resto de prisioneros estaban inmóviles o eran cadáveres moviéndose. Kez seguía en pie aunque desaliñada, sus llamadas al viento se debilitaban a medida que su vida menguaba. Cinco demonios muertos en la colina y aún quedaban más. Kez sabía que no podían ganar.

Ellos no podían ganar.

Las siguientes palabras en su cabeza provenían de una voz viva, una de sus propios recuerdos. *Centrarse en el enemigo es nuestro recurso más preciado.*

Y después: Nos dieron tiempo para defender nuestro mayor activo.

Odiaba esa voz. Pero tenía razón.

Kez sacó toda la fuerza y la fe que le quedaban. Agarró su espada con ambas

manos y envió una docena de zarcillos de viento hacia los prisioneros supervivientes.

Mientras Gart luchaba contra dos demonios con un enfermizo agujero rojo chorreante en su pecho, los vientos lo acunaban, demasiado débiles como para ponerlo en pie.

Pero lo suficientemente fuertes como para sacarle aire de los pulmones.

Mientras aspiraba, los muertos Ponnyd y Silla se giraron hacia Kez, con sus esqueléticas narices mirando al cielo y vieron una presa fácil. Kez se estremeció mientras los prisioneros perdidos se movían para darse un festín.

Sus manos se cerraron alrededor del cuello de Gart y su aliento le arrancó la vida. El hambre de los demonios se despertó y lo arrastraron hacia abajo, y la niebla empezó a entrarle por la boca conforme la abría.

Paltik jadeaba enloquecido, en un ataque de pánico, tomando sorbos de aire que nunca llegaban. Sus ojos frenéticos buscaron los de Kez, encontrándolos junto a la cresta.

Estaba desplomado en el suelo, pero ella le oía por encima de los chasquidos de los demonios.

—No puedes. Ayúdame. Por favor...

Kez necesitaba, más que ninguna otra cosa, apartar la mirada.

—Me lo prometiste. Paltik resopló la palabra, húmeda. —*Prometido.*

Se secó los ojos. Tenía que concentrarse en el campo de batalla.

A Gart casi no le quedaba aire. Sofocado y con la piel azulada, movía los brazos con espasmos, graznando a los demonios, a la propia muerte. No se entendían sus palabras, salvo las que Kez sabía que iban dirigidas a ella, claras como si se las hubiera susurrado al oído.

—No eres mejor que los sabios.

La muerte tardaría varios minutos en alcanzar a Paltik y Gart. Mientras tanto, los demonios de Morada de Mehrwen se apiñaban a su alrededor en un círculo sin sentido, convirtiéndose en una presa fácil para alguien que conocía el baile de las espadas, incluso uno con una espada rota. Las criaturas se encorvaban satisfechas, solo les importaba alimentarse.

Kez sintió una quemadura peor que sus heridas mientras contenía la respiración y se mantenía quieta, esperando a que cambiara el centro de la batalla. Esperando por su oportunidad.

Su espada estaba helada en sus manos y la niebla empezaba a abrazarla.



Kynon se abrigó por el viento, aunque la lana le picaba bastante. La mayor parte de su séquito permanecía en la barcaza, inquietos, aunque nunca lo admitirían, por los susurros incoherentes que parecían venir del valle de la Morada. Una hora más y se largarían de allí, con la excusa de la preocupación por *su propia seguridad*.

Un sabio era la perdición de la incertidumbre. Había enviado a los desgraciados de Sonapaño a matar demonios, y no se iba a ir de allí sin saber si lo habían logrado o no. Así que se dirigió hacia el valle, flanqueado por dos guardias, en el mismo momento que escuchó el crujido de la grava bajo unas botas.

Kez salió cojeando del valle, parándose a unos metros de él, inmóvil. Los guardias prepararon sus lanzas, listos para cualquier cosa. Ella los miró, con el pelo lleno de sangre y lluvia. Su rostro mostraba una calma sobrenatural, como si se hubiera congelado. Aunque tenía la ropa rasgada, ni temblaba, ni mostraba signos de frío. Permanecía en silencio.

Kez tenía un fardo en sus brazos. Kynon hizo un gesto a sus guardias para que empuñaran sus armas.

Dio un paso hacia delante y observó. La grava se pegaba a sus botas por donde ella había pasado. No había rastro de la bruma blanca en sus ojos.

El sabio Kynon hizo la señal de «todo despejado» y los guardas bajaron sus armas y se volvieron hacia la orilla. Kez caminó delante de ellos, sin decir nada, con paso firme mientras se acercaba a la barcaza.

Era de sangre caliente y bastante arrogante, eso estaba más que claro. Incluso después de su expiación. Pero ese espíritu podía ser calmado, incluso encauzado. Tenía talento y era astuta. Una auténtica superviviente.

Durante años, los mayores inclementes, vigilantes de Pelghain, habían advertido a sus sabios de una oscuridad que se alzaba para estrellarse contra las islas. Era un peligro más allá de la inundación y de las brumas, una amenaza para destrozarse completamente sus hogares. Los inclementes no eran profetas, sus ojos cambiantes solo veían hacia atrás en la historia. No podían decir, o no sabían, qué forma podía

adoptar la oscuridad. Solo que era la mayor condena de una nación que jamás se había visto.

Si Kez destacaba como domatormentas, podría ayudar a encontrarla, a soportarla e incluso, quizá algún día, llegar a ver cómo desaparecía la oscuridad, se detenía la tormenta y renacía el imperio. Y sería la perspectiva de Kynon la que la había llevado a la capital.

—¿Qué hay de tu expiación? —le preguntó cuando estaba ya a unos pasos de la barcaza—¿Y los demás?

Kez soltó el fardo de sus brazos y dejó que todo el contenido cayera con estrépito sobre la cubierta de la barcaza: tobilleras, colgantes, cadenas y gorjales. Muchos más de seis.

—Todos somos culpables —dijo.

Cuando Kez subió a borda, nadie la detuvo.

